



PADRE ANDREA D'ASCANIO
OFM CAP

EL PADRE EN
LOS ÚLTIMOS TIEMPOS

Padre Andrea D'Ascanio ofm capp
 EL PADRE EN LOS ÚLTIMOS TIEMPOS
 (*Quiero ser como un niño chiquitito...*)
 Titulo original:
 Il Padre negli ultimi tempi
 (*Vorrei essere come un bambino piccolino*)
 Colección de meditaciones extraídas de la revista "Dios es el Padre"

Este libro se acabó de imprimir el 8 de septiembre 1998
 © Associazione Dio è Padre
 c.p. 135 L'Aquila 67100

www.armatabianca.org
avemaria@armatabianca.org



**«QUIERO SER
COMO UN NIÑO CHIQUITITO...»**

“Quiero ser como un niño chiquitito... que le jala la chaqueta al Papá y con una sonrisa Le pide las cosas más simples, que al mundo le pueden parecer las más imposibles...”

La pequeñita del Padre

He leído varias veces una carta que me llegó de Milán que me provocó tal sintonía de espíritu cuando la leí, que me dio la extraña impresión de habérmela escrito yo mismo, Estaba firmada “la pequeñita del Padre”. Con su permiso la transcribimos en su totalidad, en la esperanza de que el mensaje que el Padre nos da a través de “Su pequeñita” llegue a todos los corazones que están en ansia por las “catástrofes” inminentes.

*“Hola, Padre Andrés,
hoy sentí que mi corazón el cual se dirigía a ti hablaba... pero tú no estás aquí y no sé si me escuchas o si puedes sentir estos latidos a una distancia tan grande. De manera que te escribo.*

Aquí no se habla de otra cosa que de cataclismos, de las cosas “terribles” que van a suceder. Pero a mí

no me interesan estas cosas, es decir, por un lado estoy contenta de saberlas, por el otro me digo: ¿es justo continuar pensando en este modo? Y así me vienen a la mente tus palabras sobre Sodoma y Gomorra y me digo: Tal vez, si el Señor nos permite conocer estos “castigos” es para hacernos entender que de cualquier manera Él está siempre con nosotros y nos lo quiere demostrar precisamente avisándonos Él mismo acerca de las pruebas que están por venir... ¡Nuestro Señor es de verdad GRANDE!

También a mí me parece que, con modo sereno, nos invita a rezar para que todo esto no “sea necesario”. Dios es Padre. Y a un Padre que ha dado a Su Hijo para salvar a la humanidad (porque potencialmente todos nos hemos ya salvado, ¿verdad?) no debemos sentir temor de pedir. No se puede no querer lo mejor para los propios hijos.

Según yo lo mejor es la conversión de todos, la conversión de los corazones, en un instante, un pequeñísimo instante, el tiempo de un suspiro. No sé si esto pueda de verdad ser el mejor camino, el más justo, no lo sé. Pero quisiera que lo fuera para evitarles a todos el sufrimiento.

¿Pido demasiado, tal vez? Pero la Virgen dice que nunca pedimos bastante, o que tal vez pedimos las cosas equivocadas, o en el modo equivocado. Yo le

pido esto al Padre y lo quiero pedir todos los días, porque temo más Su juicio que Sus castigos y no quisiera un día darme cuenta de que habría podido pedirle más para mis hermanos y no lo he hecho o que he querido limitar la acción del Padre pensando que no Le era posible actuar en otro modo que no fuera este tipo de purificación. Pero luego alguien dice: Dios es Amor, Misericordia y Justicia... y yo pienso: es verdad, pero nos cuesta tanto percibir lo grandes que son Su Amor y Su Misericordia... ¿no es más bien que hemos malentendido su idea de Justicia?

Dios nos ha dado este grandísimo regalo del libre albedrío... que tratamos de aplicar a todas las situaciones que queremos; pero ahora sabemos que la única verdadera libertad que el hombre posee es la de decidir si regresar al Padre o no hacerlo.

Así que me pregunté: ¿Si el Padre decidiera escuchar nuestros rezos y convertirlos todos en un instante le quitaría esta libertad al hombre?

No lo creo, porque si todos los corazones pudieran entender el Amor que siente el Padre por ellos, serían de cualquier manera libres de rechazarlo. Y lo mismo sucedería a través de los “castigos” porque si el sufrimiento puede sacudir y hacer que uno reflexione, de cualquier manera no siempre lleva a la conversión; si así fuera, todos estaríamos ya convertidos

desde hace siglos, porque el sufrimiento no abandona al hombre, no puede hacerlo porque la felicidad es el regreso al Padre.

Así me preguntaba, padre Andrés, ¿Y si la Justicia de Dios no fuera armada y destructiva como la imaginamos, sino que fuera de otro tipo? Por ejemplo, ¿no podría la Justicia del Padre intervenir con potencia en el corazón de todos los hombres armada con la sangre vertida antes que nada por Jesús y luego por todos los mártires de la historia que se ofrecieron a Él gratuitamente y con fe sin conocer el motivo y el valor de su sacrificio? ¿No podría encender todos los espíritus que caminan en la oscuridad de estos tiempos, y tal vez de todos los tiempos, con la Luz que reflejaban y reflejan todos los Santos de la historia de la humanidad, cuyo número sólo el Padre conoce?

En fin, ¿no podría el Padre intervenir así en la historia del hombre, con potencia y fuerza, armado con esta Justicia, con la justicia de todos nuestros hermanos que han combatido y vencido también por nosotros?

A mí me parece un buen proyecto, pero tal vez el Padre tiene guardado uno todavía más bello que no logramos ni siquiera imaginar.

Cualquier cosa que sea, estará bien, porque el Padre ve mucho más allá de Sus hijos y con un Padre

así no nos queda más que dejarnos llevar por Él y continuar a tener fe, pero no puedo dejar de pedir. Quiero ser como un niño chiquitito que le jala la chaqueta al Papá y con una sonrisa Le pide las cosas más simples, que al mundo le pueden parecer las más imposibles; porque el niño no ve el mal o no se preocupa por él, porque es más importante el bien; sólo éste le interesa.

Padre Andrés, lo quiero mucho y le agradezco al Señor que haya hecho que nos encontráramos, ¡debe saber que estoy cerca de usted aunque no me vea! Si desea escribirme, yo estoy aquí, pero nunca espero una respuesta.

Permítame saludarlo con el saludo de María: ¡Sea alabado Jesucristo!

Su pequeña

Querida “Pequeñita del Papá del Cielo”,

alguien podría pensar que tú eres de verdad una niña de cinco años que está haciendo fantasías sobre cosas más grandes que ella, en una llave de lectura típica de los chicos de esa edad. Y tendría razón: eres de verdad una niña de cinco años a la cual el Espíritu le ha dado el poder de leer en la llave adecuada aquello que no le es concedido a los “grandes”:

“Te bendigo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has tenido escondidas estas cosas a los sabios y a los inteligentes y las has revelado a los pequeños” (Mt 11,25).

Entonces releamos juntos lo que me escribes, dándole a cada concepto una base bíblica: la Verdad está toda en ese Libro, basta leerla desde el ángulo necesario. Comencemos con el fin del mundo que será provocado por las inminentes *“catástrofes”* (Mt 24) que precederán la *conversión general* (Ap 7; 22) como resultado de *“la lluvia de fuego”* (2Pt 3,8–12). Tendremos entonces la creación de la nueva humanidad, *“cielos y tierras nuevas”* (Is 60,21; 65,17; 66,22 – 2Pt, 3,13 – Rm 8,19–23 – Ap 21,27). Desarrollaremos estos temas en tres cuadros de los cuales hacemos una síntesis:

1º **“Los últimos tiempos”** (Mt 24,4–31): Las *“catástrofes”* son sobre todo de orden interior y espiritual; aunque – para que los espíritus puedan ser sacudidos – serán necesarios cambios **también** de tipo externo: crisis económicas, revoluciones, enfermedades, contaminaciones, devaluaciones de las monedas, hambre, explosiones de todo tipo de violencia, injusticias sociales, opresión de los pobres por parte de los potentes y ricos, leyes inicuas que tratan de invertir

los valores sólidos tradicionales, aberraciones inculcadas que luego pasan como “normales” con la complicidad de los políticos y de los medios de comunicación, escándalos de todo tipo, etc. Son cosas extremadamente amargas pero necesarias (Mt 18,7): sólo así, en efecto, el hombre, cuando como el hijo pródigo tomará conciencia de su comportamiento anómalo, podrá ser desestabilizado de todas las certezas falsas a las que se ha anclado. Muchas de estas “catástrofes” están ya sucediendo, y no nos damos cuenta.

2º **“La lluvia de Fuego”** (2Pt 3,13). Los “profetas de desastres” ven en esta parte de la segunda carta de San Pedro la terrible y definitiva intervención de Dios, que tiene como consecuencia que *“la tierra y todo lo que hay en ella será destruido”*. Pero en realidad no será una lluvia de fuego destructivo lo que se va a repetir a escala mundial como lo fue para Sodoma y Gomorra, sino una lluvia regeneradora de Fuego del Espíritu Santo la cual, como en el primer Pentecostés, preparará los *“nuevos cielos y las nuevas tierras”*.

3º **“Cielos nuevos y nuevas tierras”**: la nueva humanidad (*espíritus = cielos y cuerpos = tierras*) que será recreada por la Gracia del Padre por obra del Espíritu Santo. Es el final de exceso de poder del mal

en “*la gran Babilonia*” (Ap 18,1ss.), es decir la liberación de todos los hombres “prisioneros” del mal y de su conversión (Ap 6, 12–17). Es la “*Jerusalén Celeste*” que desciende sobre la tierra (Ap 21); es la realización de lo que Jesús nos hace pedir en el Padre Nuestro desde hace 2.000 años: “*¡Venga a nosotros tu reino*”.

Comencemos ahora a examinar *Mateo 24, 21–31*, un “clásico” para los profetas del desastre, refiriéndonos a lo que escribimos hace más de quince años en el primer volumen de “Dio è mio Padre” (Dios es mi padre). En los próximos números haremos consideraciones acerca de los otros dos temas.

“Los últimos tiempos” en Mateo 24

“Aquí no se habla de otra cosa que de cataclismos, de las cosas “terribles” que van a suceder. Pero a mí no me interesan estas cosas, es decir, por un lado estoy contenta de saberlas, por el otro me digo: ¿es justo continuar pensando en este modo?”

No, pequeña del Padre, no es justo pensar así. Tratemos por lo tanto de darle una justa llave de lectura a los que dice Jesús acerca de estos últimos tiempos en el Evangelio de Mateo 24, que encierra todas

las voces “catástrofes” y las cosas “terribles” que circulan hoy en día. Leamos juntos esta página del Evangelio y comentémosla a la luz de nuestros tiempos:

“...habrá entonces una gran tribulación (1), como no ha acontecido desde el principio del mundo hasta ahora, ni acontecerá jamás. Y si esos días no fueran acortados, nadie saldría con vida. (2), pero Dios lo acortará en consideración de sus elegidos. Entonces si alguien os dice: «He aquí al Cristo», o: «Está allá», no lo creáis. Surgirán, en efecto, falsos Cristos y falsos profetas que harán grandes y potentes milagros, para así engañar, de ser posible, incluso a los elegidos. Ved que os lo he dicho de antemano (3). Por lo tanto si os dicen: “Mirad, Él está en el desierto, no vayáis; o: “está en casa”, no vayáis. Porque así como el relámpago sale de oriente y resplandece hasta el occidente así será la venida del Hijo del Hombre (4). Donde esté el cadáver, allí se juntarán las águilas (5). Inmediatamente después de la tribulación de esos días, el sol se oscurecerá (6), la luna no dará su luz (7), los astros caerán del cielo (8) y las potencias de los cielos serán sacudidas (9). Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre y entonces todas las tribus de la tierra

se darán golpes de pecho (10), y verán al Hijo del Hombre que viene sobre las nubes del cielo (11) con gran poder y gloria (12).

Él enviará a sus ángeles con una gran trompeta y reunirán a sus elegidos de los cuatro vientos, desde un extremo de los cielos hasta el otro (13)”.

(Mt 24,21–31)

El “gran pecado” es la causa de la “gran tribulación”

1) “Habrá entonces una gran tribulación, como no ha acontecido desde el principio del mundo hasta ahora, ni acontecerá jamás”

La “tribulación”, es decir el sufrimiento en toda su dimensión (física, moral, espiritual, etc.) es *el fruto del pecado* (Gen 3,16–19) entendido en su sentido real, pleno, teológico: rebelión a Dios Padre y consiguiente pérdida de Su amor y de SU protección, esclavitud al mal, a satanás, al padre del odio que, con el sadismo que es natural de su propia esencia del “mal” atormenta a los hijos de Dios para atacar en ellos al Padre.

Detrás de toda forma de sufrimiento está siempre el pecado que, directa o indirectamente, lleva consigo su consecuencia de sufrimiento y de muerte. Y detrás de cada pecado está la serpiente que “*padre de la mentira*” (Gv 8,44), ilusiona a los hombres con falsas promesas de falsos bienes. Él, el anti Dios, el anti Padre que genera sólo odio, desesperación y muerte, ha actuado desde siempre sobre el hombre convirtiéndolo primero en instrumento del mal y luego víctima de angustia. En los “*últimos tiempos*”, o sea ahora, ha organizado al mal a escala mundial, con todos los medios que la técnica le permite, poniendo en acto un mecanismo de pecado a nivel industrial, de masa. La consecuencia, visto que pecado equivale a sufrimiento y muerte, es la “*gran tribulación*”, en la cual se agita la sociedad actual.

El Santo Padre Juan Pablo II ha hablado de las principales fuentes de preocupación para nuestro tiempo en la encíclica “DIVES IN MISERICORDIA” (VI,10 y siguientes) al hablar de la injusticia social, del hambre en el mundo, de las armas. Nosotros queremos examinar brevemente las plagas evidentes que están destruyendo las bases de nuestra sociedad sobre todo en la persona de los jóvenes y los muy jóvenes: *la droga, la prostitución, la pornografía*. Todo esto es causado

por el *hambre de dinero y de poder*, las fuentes más inmediatas y amargas de “tribulación”.

La *droga*: la angustia, el sufrimiento que la droga genera en sus víctimas es bien conocido. Menos conocida, pero tal vez más grande es la “tribulación” de los padres, de los familiares, de todos aquellos que aman al desgraciado que se ha convertido en víctima de la droga. Seguir a un hijo que ha entrado en el vórtice de la droga significa verlo convertirse mano a mano en un amoral, un abúlico, una larva humana; a veces se convierte en un delincuente, aunque sea por necesidad. ¿Qué “tribulación” más grande que la de asistir a la descomposición de un hijo en toda su estructura física, psicofísica y espiritual; a su precipitación de abismo en abismo sin poder hacer nada para ayudarlo? Y la droga se vende ya en muchas escuelas primarias...

La *prostitución*: Siempre ha existido, claro, pero dentro de determinados límites y formas. La droga y la depravación moral de nuestros tiempos han hecho que se supere todo confín: baste pensar que en los Estados Unidos el número de los muy jóvenes entre ocho y doce años, de ambos sexos, metidos dentro del giro de la prostitución en 1976, superaba el millón. Pero desde entonces, en estos últimos veinte años, el

mal ha ido desarrollándose a un ritmo pavoroso, con implicaciones absurdas en los países en vías de desarrollo de Sur América y de Asia.

La *pornografía*: todos sabemos qué tipo de revistas y periódicos se venden. Todos sabemos qué tipo de películas proyectan las televisiones privadas o no. Lo que tal vez no sepamos todos es que en esos últimos años la pornografía ha abierto un nuevo tipo de “porno” infantil, en las tiras cómicas y en las películas *hard-core*, es decir no actuadas, sino de verdad.

El *hambre de dinero y de poder*: el anti Dios por excelencia es Mamone, es decir el dios del dinero. En la riqueza está encerrado el poder. Los así llamados “potentes” son casi siempre el fruto del poder económico que hoy guía las acciones de los hombres haciendo palanca sobre su “yo”, sobre el afanoso deseo de sobresalir. Todo el mal que hay en el mundo tiene sus raíces en el dinero.

¿Por qué hemos tomado en examen en particular el fenómeno del mal en los niños? Por varios motivos:
– porque nos da la medida exacta del nivel moral al que ha llegado la humanidad: escandalizar a los inocentes, o peor, usarlos para el mal es signo de la má-

xima degradación. Es evidente que el mal, antes de volcarse sobre los pequeños, ha ya penetrado en los adultos que lo cometen o lo toleran sin oponerse a él;

– porque los niños son la sociedad del mañana, y permitir que se les quite su sacralidad y que se les pervertiera es, además del peor de los homicidios, un verdadero suicidio social;

– porque los niños son templo de Dios, reflejan a Dios, son nuestros ángeles en la tierra, son la Luz en nuestras tinieblas. Dios vive y brilla en la plenitud de sus espíritus; (Mt 18,10) y corromper a los pequeños es golpear a Dios en el corazón.

Si satanás ha osado atacar en manera tan fuerte el corazón de Dios, quiere decir que hemos llegado de verdad al golpe final, y que sólo una intervención sobrenatural podrá devolverle al hombre el sentido de su dignidad. En cada uno de estos inocentes golpeados por el mal, en su mundo familiar, y en cuantos tienen todavía un mínimo de dignidad, aunque sea sólo humana, hay una “*gran tribulación*”, como infinitamente grande es la “tribulación” del corazón del Padre que es despedazado en millones de hijos que son el corazón de Su Corazón.

¿Entonces es de verdad el final? Sí, el final del mundo del mal

2) «*Y si esos días no fueran acortados, nadie saldría con vida.*»

El «mal», con los medios técnicos de que dispone, avanza con una progresión geométrica. La droga, la prostitución (que es una apéndice principal de la primera), para el siempre mayor número de consumidores-vendedores, extienden sus espiras en círculos cada vez más amplios, en una propagación del “mal” que no puede ser contenida.

Nuestra sociedad está condenada a convertirse, dentro de pocos años en una Sodoma y Gomorra de dimensiones mundiales. Y esto sin tener en cuenta la proliferación absurda de las armas nucleares, que ya son suficientes para destruir varias veces nuestro planeta, y la posibilidad de una nueva guerra mundial. Podemos entonces actualizar la expresión del Evangelio: “*Si estos días no serán acortados, ningún ser vivo se salvará*”, ni material ni espiritualmente.

Hemos llegado, entonces. La humanidad, como el hijo pródigo, se está convirtiendo en un “*guardián de*

los puercos” es decir, en el lenguaje bíblico, en la degradación misma. La humanidad esta ahogada en el pecado. Pero, como ya hemos dicho, la “tribulación” es fruto del pecado: una humanidad entera al límite de sus posibilidades, desesperada, en el caos espiritual, moral y social que prepara el gran regreso a la Casa del Padre. Precisamente como en el hijo pródigo.

A esta humanidad el Papa Juan Pablo II le ha dirigido un mensaje de esperanza: Dios es un Padre rico de misericordia – *Dives in Misericordia* – siempre dispuesto a abrazar a todos los hombres para darles, como lo hizo con el hijo pródigo, una dignidad nueva.

El tiempo de máximo pecado es tiempo de resurrección, porque, precisamente en el momento de mayor degrado y por lo tanto de desesperación, todo hombre tomará conciencia de sus propios pecados y se preparará para el gran regreso al Padre.

Pero satanás jugará su última carta, tratando de despistar a los hombres en su camino de regreso al Padre, suscitando contrafiguras espirituales:

3) «. *Entonces si alguien os dice: «He aquí al Cristo», o: «Está allá», no lo creáis. Surgirán, en efecto, falsos Cristos y falsos profetas que harán grandes y potentes milagros, para así engañar, de ser posible,*

incluso a los elegidos. Ved que os lo he dicho de antemano ».

Jesús lo predijo, y está sucediendo. Basta mirar a nuestro alrededor con atención.

¿Cómo sucederá el “regreso” del Hijo del hombre?

4) « *Porque así como el relámpago sale de oriente y resplandece hasta el occidente así será la venida del Hijo del Hombre »*

No se sabe de dónde viene el relámpago, y así será la venida del Hijo con la Potencia del Padre nos sorprenderá a todos, porque nosotros esperamos que venga desde afuera en manera sorprendente, mientras será una cosa completamente espiritual que obrará en la profundidad de las conciencias. Los judíos esperaban a un Mesías triunfador y llegó uno humilde y pobre. Nosotros estamos esperando su regreso entre caídas de estrellas y fragor de truenos, y en cambio está sucediendo en el silencio de cada uno de los espíritus.

Tal venida, ya preparada en lo más íntimos de las conciencias, en el momento establecido será manifiesta, rápida e improvisa, como el relámpago que en un

instante nace, se desarrolla, rompe las tinieblas, ilumina. Quiere decir que los hombres; mano a mano que estarán interiormente listos, verán en un instante un rayo del resplandor divino y lo aceptarán, porque nadie puede rechazar la Luz si la ha visto. Como le sucedió a San Pablo, a San Agustín, a San Benito, a San Francisco...

¿Dónde tendrá lugar este “regreso”?

5) *«Donde esté el cadáver, allí se juntarán las águilas».*

Los cadáveres son los santos de los tiempos actuales, que no serán santos del tipo de los que hacen milagros, exaltados por los devotos, sino campeones de una fe profunda y escondida, asesinados espiritualmente – “cadáveres” – macerados por el sufrimiento en estado de humildad y de silencio. Almas víctimas, que se ofrecieron a Dios y que Dios usó para limitar al mal y que ahora convierte en testimonios transformándolos en centros de espiritualidad verdadera, guías y ejemplo para las almas “águila” – inclinados hacia Dios como el águila al sol – que reconocerán, en los “cadáveres”, las verdaderas luces del espíritu. Se reunirán alrededor de ellas, formando

los primeros hogares, los primeros núcleos de la Luz nueva que viene “*con potencia*”. Cuando el número de estos campeones esté completo (Ap 6,11), el Espíritu habrá tejido en todo el mundo del espíritu una gran red de Gracia lista para recoger a todos los hombres en desbandada. Entonces tendrá lugar la gran manifestación del Padre, que está ya en acto, aunque no nos demos cuenta. Serán los días de tinieblas tan temidos, que ya iniciaron.

Los días de tinieblas

6) *«Inmediatamente después de la tribulación de esos días, el sol se oscurecerá».*

La Luz es Dios. “*El sol se oscurecerá*” quiere decir que Dios no hablará más, o más bien los hombres ya no lo escucharán, con las consecuencias que se deducen de las expresiones que siguen:

7) *«La luna no dará su luz».*

Si Dios es el Sol, la Luna es María-Iglesia. La luna recibe la luz del sol; si el Padre no permite que lo escuchemos –no porque Él no ya quiera hablar, sino porque los corazones endurecidos por el mal olvidarán

que existe un Padre tiernísimo que los espera continuamente— tampoco se volverá a ver a María y ya no podrá iluminar a aquellos que ignoran o rechazan su existencia. Será el final de las manifestaciones marianas que tanto aire le han dado a la Iglesia y al mundo en estos últimos tiempos. **La humanidad entonces se convertirá en un mar de huérfanos que no tendrán más que la desesperación porque ya no existirá la razón por la que habían sido creados.**

Nos parece que estos son los famosos “tres días de oscuridad” que tan a menudo recurren en las profecías de este siglo. Pero estos días “serán abreviados”. Los hombres, en el apogeo de la desesperación gritarán «¡Padre!» y el Padre vendrá, y María vendrá y la Vida comenzará a circular en el universo, porque en cualquier lugar donde habrá la sonrisa de un hombre, estará la sonrisa del mismo Dios.

8) *«Los astros caerán del cielo».*

Los “astros” del mundo del espíritu son los sacerdotes, de los cuales Jesús dijo: “*Vosotros sois la luz del mundo*” (Mt 5,14). Gran parte de los sacerdotes, desbandados, calumniados, no comprendidos, que han olvidado que la única arma verdadera es la oración, serán sacudidos como juncos al viento y en vez de ser

guías y pastores, serán guías ciegos que conducirán a otros ciegos. ¿Hacia dónde? Hacia el Amor misericordioso del Padre, quien no podrá dejarlos perecer y que al mínimo signo de arrepentimiento los abrazará, los revestirá con un vestido nuevo y los ayudará a renacer y a retomar su camino que es un camino definitivo.

9) *«Las potencias de los cielos serán sacudidas ».*

“Cielo”, en el lenguaje bíblico, equivale a “espíritu”. Entonces los hombres se encontrarán otra vez en una situación de profunda confusión moral, de caos espiritual, y no lograrán más tener una visión objetiva y límpida de la situación en la que se encontrarán. Y esta situación es ya bastante evidente: **“Vendrá un tiempo en que los hombres enloquecerán – dijo Antonio el Grande – y si alguien piensa le dirán: tú estás loco”.**

La gran conversión

10) *« Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre y entonces todas las tribus de la tierra se darán golpes de pecho ».*

El único “signo” del Hijo del hombre es la Cruz. Tal signo aparecerá impreso con fuego en cada alma. Cada espíritu lo reconocerá, comprenderá su ingratitude y su olvido hacia el Amor crucificado, se dará golpes de pecho y se salvará: su redención habrá terminado.

Pero eso no será expresión sólo de algunas conversiones individuales: **“todas las tribus de la tierra se darán golpes de pecho”**. Será por lo tanto un fenómeno de masa.

En la Dives in Misericordia leemos:

*“Aquel hijo que recibe del padre la porción del patrimonio que le toca y deja la casa para derrocharla en un país lejano, viviendo como un libertino, es, en un cierto sentido, **El hombre de todos los tiempos.**”*

En estos últimos tiempos regresará finalmente a casa.

La gran Luz

11) «Y verán al Hijo del Hombre que viene sobre las nubes del cielo».

En el cielo del espíritu las nubes son los pecados, los fantasmas que el infierno hace manar constituyendo algo como un velo, una nube que impide la vista de Dios. Es la que Isaías llama el “pañó” que será desgarrado. (Is 25,7).

El hijo del hombre vendrá “*sobre las nubes*” o sea que vendrá a pesar de los esfuerzos que hará el infierno para ofuscar la visión de Dios. Sabe que si el hombre logra vislumbrar aunque sólo sea un resplandor del Sol en el que vive, se encenderá dentro de él un fuego cada vez más fuerte y buscará a Dios, lo querrá “*con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas*” (Dt 6,5; Mt 22,37).

Quien ha visto la Luz de Dios no puede nunca más aceptar ser nuevamente sometido a las tinieblas del pecado y de la muerte.

Por esto satanás trata de no permitir que veamos a Dios, para que tengamos una idea falsa: no Padre tiernísimo, sino patrón vengativo y juez inflexible, casi enemigo.

El triunfo del Corazón Inmaculado de María, o bien el triunfo del Padre

12) *«Verán al Hijo del Hombre que viene sobre las nubes del cielo»*

Será el padre quien venga al Hijo al cual le pasará toda Su potencia. La *“potencia”* es el atributo específico de Dios Padre: *“Dios Padre omnipotente”* decimos en el Credo.

¿Con qué tipo de *“potencia”* vendrá? Con la que le es propia: la potencia creadora, regeneradora, la potencia de Amor, potencia de Luz. Seguramente no vendrá a destruir, porque el Padre, crea, no destruye; no vendrá a castigar, porque es Padre de Misericordia; no vendrá a agregar tiniebla a las tinieblas, porque es Padre de Luz que genera Luz y que nos ama *“gracia sobre gracia”*.

Vendrá y *“arrancará el velo que cubría la cara de todos los pueblos y el paño que cubría a la gente”* (Is 25,7) y que les impedía a los hombres verlo y por eso mismo amarlo. Finalmente veremos a Dios tal cual es: Padre, sólo Padre, infinitamente Padre, capaz sólo de amar y de ejercer Su omnipotencia de amor para convertir en amor el “mal” que Le había arrancado a

sus hijos y para estrecharlos a Sí. Para darse todo a cada uno de sus hijos, para hacer de todos uno consigo, con el Hijo y con el Amor.

Será el triunfo de la Misericordia del Padre que “da Su corazón a Sus hijos” sumergidos en la sombra de la muerte y del pecado, porque su misericordia *“es más potente que el pecado, más potente que el mal, más potente que la muerte”* (Dives in Misericordia).

Finalmente nace la nueva Iglesia

13) *«Él enviará a sus ángeles con una gran trompeta y reunirán a sus elegidos de los cuatro vientos, desde un extremo de los cielos hasta el otro»*

Será simple para los ángeles, cuando suene la *“gran trompeta”*, reunir en un solo Espíritu a todos los hijos, cuando estos serán reconocidos como hijos de un único Padre. Serán los hombres mismos los que faciliten la obra de los ángeles y que formen la Unidad.

Los ángeles, además de ser nuestros hermanos invisibles del cielo, serán los sacerdotes de la nueva Iglesia que tendrán toda la potencia (la *“trompeta”*)

de Dios Padre. Son llamados “*ángeles*” sea porque el sacerdocio les ha sido instituido por Dios para llevar a los hombres la Palabra y la Luz – deber que antes de la venida de Jesús estaba reservado precisamente a los ángeles –; sea porque en los “últimos tiempos” los sacerdotes serán aquellos que guiarán sobre la tierra la lucha contra los demonios, como en el cielo la habían llevado a cabo Michael y los otros ángeles (Ap 12,7–9). A todos sus “*Miguel*” – los nuevos Sacerdotes – el Padre les dará la plenitud de su Gracia (“con una gran tromba”) y el “*gran dragón, la serpiente antigua, aquel que llamamos el diablo o satanás*” (Ap 12,9) será derrotado también en la tierra (Ap 12,10–12).

La caída de Babilonia, al sonido de la “trompeta” de los nuevos sacerdotes

La “*trompeta*” siempre ha sido el símbolo de la potencia de Dios (Ap 8; 10; 11; Is 27,13; Gl 2,1) y es interesante volver a leer con referencia a esto el episodio de la burla de Jericó, en el libro de Josué:

“Y siete sacerdotes llevarán siete trompetas de cuerno de carnero delante del arca; y al séptimo día marcharéis alrededor de la ciudad siete veces,

y los sacerdotes tocarán las trompetas. Cuando toquen con el cuerno de carnero, y cuando oigáis el sonido de la trompeta, todo el pueblo gritará a gran voz un grito de guerra, entonces las murallas de la ciudad se vendrán abajo y el pueblo entrará, cada hombre derecho frente a sí. (Gs 6,4–5).

El “*siete*” es el número simbólico del padre y de la “*trompeta*” es el signo de Su potencia. El Padre, al venir, “*mandará*” a sus sacerdotes–ángeles al mundo –como Jesús mandó a los Apóstoles– con toda Su potencia de Luz y de Gracia.

La Iglesia del Padre será entonces principalmente misionaria, como era en sus orígenes aquella del Hijo (Mt 28,18–20), libre de los confines angostos y mortificantes del actual giuridismo.

El Padre mandará entonces a sus sacerdotes–ángeles dándole toda Su potencia (“*la gran trompeta*”). Como las murallas de Jericó se vinieron abajo al sonido de las trompetas tocadas por los sacerdotes, así las nieblas con las que el infierno ha ofuscado al espíritu humano caerán frente a la potencia de la palabra del Padre que emanará de sus sacerdotes–ángeles.

Los sacerdotes–ángeles fundarán todas las religiones, todas las espiritualidades más distintas (“*de un extremo a otro de los cielos*”) en el nombre y en el

corazón del Padre común. Será la nueva Iglesia – realmente Una, Santa, Católica – unida por el único Espíritu que en todos y dentro de cada uno gritará: “*Abbà, Padre!*”.

Esta única palabra: **¡Padre!**, pronunciada por todos los hombres será “*el gran grito de guerra en el que prorrumpirá todo el pueblo*” (Gs 6,5) y hará que definitivamente se derrumben las murallas del infierno.

* * *

Querida “pequeñita de Papá del Cielo”, Infórmame si esta interpretación del “fin de mundo” descrita por San Mateo te parece bien. En el próximo número veremos qué nos dicen con respecto a eso San Juan en el Apocalipsis y San Pedro en su segunda Carta. Creo que están de acuerdo con nosotros, a pesar de algunas personas competentes que no piensan así.

LA "LLUVIA DE FUEGO"

Querida “Pequeñita del Padre”,

sigamos con el tema que iniciamos en el número precedente. Después de tu carta llena de esperanza y de alegría llegó otra, proveniente de San Giovanni Rotonondo en Foggia, Italia, que es más dramática que el SOS de un barco que se está hundiendo: “*En la edición número 21 del libro del Reverendo Padre Gobbi está escrito que en 1998 caerá fuego del Cielo. ¡Pensen en mi alma...! ¡Recen, recen por mí!*”.

Hace alrededor de veinte años nosotros también hablamos de una “lluvia de fuego” refiriéndonos a la segunda Carta de San Pedro, en el primer volumen de la trilogía Dios es Padre. Desde hace algún tiempo, en la revista de los Padres Jesuitas *Messaggero dell’O.R.P.*, han sido citadas pequeñas partes de ese libro, y esto nos da mucho gusto. Retomemos también nosotros lo que escribimos entonces, entre otras cosas para hacerles publicidad a esos tres pequeños volúmenes escritos por voluntad de la Madre Eugenia

quien nos sugirió también los títulos. No se convirtieron en best sellers pero, si están bien para los Jesuitas, puede ser que merezcan el esfuerzo que nos costaron.

Tú, Pequeñita del Padre, me escribes: “Según yo lo mejor es la conversión de todos, la conversión de los corazones, en un instante, un pequeñísimo instante, el tiempo de un suspiro”. ¿Pero cómo puede convertirse en algo concreto? Creo que la cosa es un poco más compleja, porque una verdadera conversión lleva consigo una profunda maduración interior que se puede realizar sólo a través del tamiz de una maduración atormentada. El hijo pródigo enseña.

Pero es posible que esta “maduración” sea simultáneamente para muchos, bajo una presión excepcional del Espíritu que puede determinar *contemporáneamente* un cambio interior total a nivel de masa. Podría ser el fruto de los famosos “tres días de obscuridad” de los que tanto se habla, durante los cuales se sumarán todas las catástrofes que deberían provocar el fin del mundo... del mal. Porque durante estos... “Tres días” – que simbolizan la pasión y la muerte de Jesús – cada hombre vivirá su propia agonía espiritual. En esta muerte interior se derrumbarán todas las falsas estructuras construidas por el propio “yo”: éste –a quienes Padre Pío de Pietrelcina ha mu-

chas veces llamado el verdadero “satanás” – será destruido por la acción potente del Padre a través de la “lluvia de fuego”, *que será lluvia de Espíritu Santo* y que por esa misma razón debe ser entendida en *sentido espiritual*.

Para darle la justa interpretación a esta “lluvia de fuego” de la que habla San Pedro, es fundamental precisar los conceptos de “cielo, “cielos” y “tierra” en las Escrituras.

“Cielos” y “tierras” en las Escrituras

“Cielo” es el alma humana, en el sentido más completo, el mundo del espíritu.

“Tierra” es el cuerpo humano, y en sentido más específico, el mundo de la materia. Es el cuerpo humano no tanto y sólo porque está “hecho de tierra” (Gen 2,7), sino sobre todo porque es la envoltura material con la que está cubierta el alma y la que usa el Espíritu para comunicarse también con el mundo de la materia.

Citemos, para sostener lo que se ha dicho, algunas expresiones del Evangelio:

- 1) “El reino de los cielos está dentro de vosotros”
(Lc 17, 21).

Si el reino de los cielos está dentro de nosotros, está claro que no se trata del cielo atmosférico. Es el mundo del espíritu que está dentro de nosotros; este mundo, destruido y apagado por el pecado, obtiene una vida nueva gracias a Jesús que con la Gracia vivifica lo que el mal había apagado, y lo vuelve a convertir en el templo de la divinidad: *“Si alguien me ama, guardará mi palabra; y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos con él morada.”* (Gv 14, 23)

Dios, entonces, vive –fuera del espacio y del tiempo– en el mundo del espíritu que es Él mismo en su esencia trinitaria a la cual se unen los ángeles y las almas de los difuntos; vive luego en el alma de todo hombre que Lo acepta y que se convierte aquí en la tierra –en el espacio y en el tiempo– una irradiación de la divinidad en el mundo de la materia.

Cada alma es un “cielo” en el que Dios vive y obra, y esto lo explica mejor la siguiente expresión:

2) *“Mirad que no despreciéis a uno solo de estos pequeñitos, porque os digo que sus ángeles en los cielos contemplan siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos”* (Mt. 18, 10).

La objeción espontánea que nace: todos los ángeles, incluso los ángeles de la guarda de los pecadores,

ven el rostro de Dios. ¿Cuál es entonces la diferencia –en la visión de Dios– entre ángeles de la guarda de los niños inocentes y los de los pecadores? Los primeros ven la imagen del Padre también en el alma (en los cielos) de aquellos a quienes asisten; los segundos no gozan de esta ulterior visión del Padre porque el alma de sus protegidos está ofuscada por el pecado.

Por lo tanto en el “cielo” los ángeles de los niños gozan de una visión mayor y beatificante en cada uno de los “cielos” de los pequeños hermanos que han sido confiados a su cuidado.

Este concepto lo confirmó y lo explicó Jesús cuando, hablando a propósito de los niños dijo *“Y el que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe”* (Mt 18, 5) y por lo tanto el Padre y el Espíritu Santo. Dice en manera explícita *“Yo, Trinidad vivo en plenitud en el alma de cada niño”*.

En cambio cuando habla de los adultos dice: *“El que recibe al que Yo envíe, Me recibe a Mí; y el que Me recibe a Mí, recibe a Aquél que Me envió.”* (Gv 13,20); y San Juan dice: *“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”* (Gv 1,12). En otros térmi-

nos, Jesús llega para restablecer en los adultos ese “reino de los cielos” que en cambio en los niños es plenitud.

3) *"Y entonces una voz desde el cielo dijo: Este es mi Hijo predilecto en quien me he complacido"*

(Mt 3,17)

"Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo reveló carne ni sangre, sino Mi Padre que está en los cielos" (Mt 16,17).

Es interesante comparar estos dos fragmentos, en los cuales el Padre manifiesta y legitima a su Hijo Unigénito.

En el primero el Padre, desde el “cielo” – es decir desde el mundo externo al mundo del hombre– hace que se oiga su voz para legitimar a su Hijo en toda la tierra, frente a todos, para que los reconozcan y lo acepten.

En el segundo el Padre, otra vez, desde los “cielos” de cada una de las almas, legitima y hace que se conozca a su hijo: en este caso lo manifiesta sólo a Pedro.

Todo conocimiento, toda chispa de Vida, de Fe, de Luz tiene como origen al Padre. Lo que es más que nunca verdadero es el conocimiento del Hijo: *"Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo reveló carne ni sangre, sino Mi Padre que está en los cielos"* (Mt 16,17). El Padre que está en el cielo es la fuente de Vida siempre nueva y eterna que genera continuamente al Hijo, continua esta “generación” en el cielo de cada alma individual, manifestando su Hijo a quien el considera oportuno.

Cada alma que acepta al Hijo que le ha sido manifestado por el Padre, se convierte en un “cielo” en el cual la Trinidad vive y obra, y se convierte a su vez en *"fuente de agua que brota para vida eterna."* (Gv 4,14). Cada hombre, según el designio del Padre, se tiene que convertir en un cielo que será una irradiación trinitaria en lo creado, una extensión de la vida divina en el cosmos.

Cuando todos los hombres estarán listos para aceptar la manifestación del Hijo por parte del Padre, también será finalmente sobre la tierra el Reino de los Cielos, y en el hombre el cielo del espíritu habrá adquirido su dignidad y podrá guiar a la envoltura del cuerpo – de la “tierra” – en plena sintonía de Amor: de esta manera tendremos cielos y tierras nuevas.

La venida del Padre concernirá entonces al mundo del espíritu de cada alma individual. En esta clave tratamos de ver qué está encerrado en el fragmento del Evangelio de Mateo y en la segunda Carta de Pedro.

“La lluvia de fuego” en la segunda carta de San Pedro

«Ahora bien, el cielo y la tierra están conservados por la misma palabra para purificarlos del fuego del día del Juicio y de la perdición de los impíos. Pero ustedes, queridos hermanos, no deben ignorar que, ante el Señor, un día es como mil años y mil años como un día. El Señor no tarda en cumplir lo que ha prometido, como algunos se imaginan, pero tiene paciencia con ustedes porque no quiere que nadie perezca, sino que todos se puedan arrepentir. El Día del Señor llegará como un ladrón; entonces los cielos desaparecerán estrepitosamente; los elementos serán desintegrados por el fuego, y la tierra, con todo lo que hay en ella, será consumida.

Ya que todas las cosas se desintegrarán de esa manera, ¡qué santa y piadosa debe ser la conducta de ustedes, esperando y acelerando la venida del Día del Señor! Entonces se consumirán

los cielos y los elementos quedarán fundidos por el fuego. Y luego cumpliendo su promesa, esperamos nuevos cielos y una tierra nueva, en los cuales habitará la justicia» (2 Pt. 3, 7–13).

Tratemos de darle un significado coherente a los conceptos que parecen contradictorios, en parte porque es un lenguaje profético, en parte a causa de la traducción impropia e imprecisa de algunas expresiones que han sido forzadas para darle un presunto significado catastrófico

Antes que nada examinemos el término “promesa” de Dios, que en este breve fragmento aparece dos veces: la primera como promesa de destrucción; la segunda como promesa de “cielos y tierras nuevas”. Y digamos que una promesa de destrucción, literal y bíblicamente hablando es inconcebible.

Con el diccionario en la mano, vemos que prometer equivale a “Esperar algo o mostrar gran confianza de lograrlo”. Con las Escrituras en mano, la “promesa” va siempre acompañada de esperanza –che en Dios es certeza– de cosas hermosas, de vida, de felicidad. En la Biblia, con toda razón, las cosas feas, como la muerte y el sufrimiento, no son anunciadas como promesa, sino como amenaza. Para con-

vencernos de esta realidad examinemos juntos algunas de las “promesas” más conocidas.

Las “promesas” en las Escrituras

Dios promete la redención después del pecado de Adán y Eva (Gen 3,14–15); le promete a Caín protección incluso después del asesinato de Abel (Gen 4,15); le promete a Abraham, que no tiene hijos, una descendencia numerosa como el polvo de la tierra y las estrellas del cielo (Gen 12,2 ss.; Gen 15,5); una promesa similar se la hace a Agar, para consolarla de los malos tratos que había sufrido por parte de Sara (Gen 16,10); al pueblo judío le promete, a través de Moisés, conducirlo a un país donde “*fluye leche y miel*” (Es 3,17), precisamente la tierra “*prometida*”; en todas las páginas de las Escrituras y en todos los profetas, Dios promete al Redentor, el símbolo supremo de su fidelidad, de su alianza, de su amor.

Cuando Jesús está a punto de regresar al Padre, y ve a los suyos tristes y desorientados, los consuela una vez más con una promesa: “*No os dejaré huérfanos, regresaré con vosotros... el Padre os dará una Consolación para que permanezca siempre con vosotros, el Espíritu de la Verdad.*” (Gv 14,15–18).

En las Escrituras hay un aumento sucesivo de promesas – todas y cada una mantenidas por Dios que es *fiel* – cada vez más luminosas: la liberación de la esclavitud de Egipto; la tierra prometida; el Mesías y la liberación del pecado y de la esclavitud del infierno. Dios está con nosotros, Dios en nosotros... todas las pruebas del infinito amor del Padre que va avanzando hacia la reconquista del amor de Sus hijos, de Sus creaturas, de todo el universo.

En este cuadro de amor cada vez más amplio la “*promesa*” de un “*fuego destructor*” es absolutamente inconcebible: la única explicación lógica y coherente es que habrá esta “*lluvia de fuego*” – porque Dios lo ha prometido – pero será *fuego del Espíritu Santo*.

Y precisamente de esto trata la II Carta de San Pedro: la primera promesa es la de un nuevo Pentecostés de dimensiones universales.

La segunda promesa es consecuencia de la primera: «*Emitte Spiritum tuum et creabuntur, et renovabis faciem terrae*». He aquí lo que le pide la Iglesia al Espíritu Santo: que renueve, que cree otra vez todas las cosas. Y San Pedro, que conoce bien la acción del Espíritu Santo, como considera cierta la promesa de

un Pentecostés universal, puede con tranquilidad garantizar su efecto:

“De acuerdo con la promesa del Señor, esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva, donde habitará la justicia” (2 Pt 3, 13).

Este Pentecostés universal no podía haber ocurrido en el tiempo en el que Pedro escribía sus cartas, porque era necesario que antes los hombres estuvieran listos para recibir la “lluvia de fuego”, porque Dios tiene *“paciencia con ustedes porque no quiere que nadie perezca, sino que todos tengan la posibilidad de arrepentirse”* (2 Pt 3, 9).

Para convencernos de que se trata de Fuego del Espíritu Santo leamos la descripción de Pentecostés en los Hechos de los Apóstoles, y hagamos una breve comparación con el fragmento de 2 Pt:

“De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron como lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo...” (At 2, 2-4)

Hechos 2,2: *De repente vino del cielo un ruido*
2Pt 3,10: *El día del Señor llegará como un ladrón... los cielos pasarán con fragor*

El clima es el mismo. En un momento que es imposible prever, entre un ruido muy fuerte – que casi siempre es parte de las grandes manifestaciones divinas – desde el “cielo” y en los “cielos” se manifiesta la acción de Dios a la manera del espíritu general y de las almas en particular. Los “cielos”, es decir la almas “pasarán” – de la muerte a la vida, de las tinieblas a la Luz. ¿Cómo? Por efecto del “fuego”...

Hechos 2, 4: *“Se les aparecieron como lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo”.*

2 Pt. 3, 7: *“Ahora los cielos y la tierra están reservados por Su palabra para el fuego, guardados para el día del juicio y de la destrucción de los impíos.”*

Ya conocemos el efecto que tuvo Espíritu Santo sobre los primeros discípulos. El mismo efecto – y todavía más espléndido – tendrá sobre todos los hom-

bres. Estos – cielos tierra, es decir alma y cuerpo – están “*conservados*” en espera del “*fuego*” del Espíritu Santo para el que están “*reservados*” para el día del juicio y para la destrucción de los impíos. ¿Quiénes son los “impíos” que serán “arruinados” en este juicio? Los demonios, que deberán dejar al hombre, a la tierra, a todo el universo que ellos, falsos “príncipes”, han usurpado, pero que le pertenece al hombre, único y verdadero “rey” de la creación.

Este día se llevará a cabo la sentencia que Jesús había emitido: *“Ya está aquí el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera”* (Gv 12,31).

El fuego del Espíritu Santo penetra en los primeros discípulos, quema todo lo que tenía olor de infierno, fruto de la antigua contaminación espiritual del hombre, y los transforma. Quita el miedo, el respeto humano, la niebla de la ignorancia y no dudan en salir al abierto para enfrentarse a los flagelos y la cárcel para ser testimonios de la Verdad: se han convertido en “*cielos nuevos y tierras nuevas*”, se han fusionado y han sido templados por el Fuego Divino.

Examinemos también el Pentecostés *menor* del que se habla en los Hechos de los Apóstoles y haga-

mos también una comparación rápida de éste con la Carta de San Pedro:

«Después que oraron, el lugar donde estaban reunidos tembló, y todos estuvieron llenos del Espíritu Santo y hablaban la palabra de Dios con valor. Y la multitud de los que habían creído tenía un solo corazón y una sola alma... » (Hechos 4, 31–32).

Hechos 4, 32: *“la multitud de los que habían creído tenía un solo corazón y una sola alma”*.

2Pt. 3,12: *“En el día de Dios los cielos se disolverán y los elementos incendiados se fundirán”*.

La fusión de los metales es obra del fuego, que sólo puede fundirlos, purificarlos, amalgamarlos.

La “fusión” entre los hombres es obra propia, específica del fuego del Espíritu Santo: la multitud que tenía “*un solo corazón y una sola alma*” no es más que una primicia de «*Unum sint*» por el cual Jesús rezó y se ofreció a sí mismo: *“Padre, que sean una sola cosa, como nosotros”* (Gv 17, 11).

Cuando venga la plenitud de los tiempos el «día de Dios», sobre toda la humanidad se derramará una

tal potencia de fuego del Espíritu Santo que los hombres, penetrados por este Fuego, serán transformados en el alma y el cuerpo: *cielos y tierras nuevos*.

Los cuerpos perderán todas las incrustaciones de pecado y de sensualidad (“*la tierra y todo lo que hay en ella será destruido*”) y serán capaces de reconocer la acción del Espíritu y de dejarse guiar por Él. Desaparecerán las nieblas de los espíritus (“*los cielos se disolverán*”), y estos tendrán la plenitud de Luz y de Amor que les hará obrar en armonía perfecta con los cuerpos.

Todos los hombres, que habrán sido regenerados en el cuerpo y en el espíritu, formarán una unidad perfecta entre ellos y con Dios: serán “*un solo corazón y una sola alma*” (Hechos, 4, 32), serán “*nuevos cielos y una tierra nueva, en la cual residirá la justicia*” (2 Pt. 3, 13).

Lo que resulta evidente en 2 Pt e in Mt 24, es que los “*últimos tiempos*” serán muy duros para la humanidad porque – mientras Dios calle (Mt 24, 29) – el infierno gritará su rabia con “*carestías, terremotos, la propagación de la iniquidad, una gran tribulación...*” (Mt 24,7 siguientes) para hacer que caigan las viejas estructuras.

Nosotros, en este clima de caos y de tinieblas, ¿qué debemos hacer? Jesús nos asegura: “*No os alarméis, porque es necesario que todo esto suceda*” (Mt 24, 6), y Juan Pablo II – Papa y Pastor, Sacerdote y Profeta de nuestros tiempos – nos indica el camino que debemos seguir en la «Dives in Misericordia»:

«En el nombre de Jesucristo, crucificado y resucitado, en el espíritu de su misión mesiánica, que permanece en la historia de la humanidad, elevemos nuestra voz y supliquemos, para que en esta etapa de la historia, se revele una vez más aquel amor que está en el Padre, y que por obra del Hijo y del Espíritu Santo se haga presente en el mundo contemporáneo como más fuerte que el mal; más potente que el pecado y que la muerte»
(Dives in Misericordia, VIII, 15).

Obedeciendo a la voz del Pastor, en vez de desesperarnos con elucubraciones gratuitas acerca de la manera en la que se manifestará la ira de Dios, vivamos con plenitud nuestra dimensión de hijos, pidiéndole al Padre que nos libere del mal; pidiéndole misericordia, fuerza y un espíritu nuevo para todos. Él nos escuchará, porque Él quiere ayudarnos más de lo que queremos que nos ayude, porque es fiel a su pro-

mesa. Él nos liberará del mal, es decir, intervendrá con su potencia no para destruir al hombre, sino para alejar al opresor que “*ha hecho tanto mal*” (Gl 2, 20) a su creatura, y la estrechará a sí, para siempre.

Sí, la Iglesia está en el caos, ya no hay sacerdoteguía, los hombres están en un momento de desbandada total sea en el plano espiritual que en el material, pero no hay que perder las esperanzas:

*«La Iglesia misma debe constantemente guiarse por la plena conciencia de que... no es lícito por ninguna razón, replegarse sobre sí misma. **La razón de su ser es, en efecto, la de revelar a Dios, es decir, al Padre que nos permite “verlo” en Cristo.** (Dives in Misericordia, VIII, 1 5).*

Este es el tiempo del Padre, el tiempo de la Misericordia. Tanto más profundas serán las tinieblas más general será el caos, tanto más espléndida será la Luz y más completo el triunfo de la Misericordia del Padre:

*«Cuanto más la conciencia humana, sucumbiendo a la secularización; cuanto más pierde el sentido del significado mismo de la palabra **misericordia**, cuanto más, alejándose de Dios, se aleja del mi-*

*sterio de la misericordia, tanto más **la Iglesia tiene el derecho y el deber de apelarse al Dios de la misericordia con “poderosos clamores”.** Estos “poderosos clamores” deben ser parte de la Iglesia de nuestros tiempos, dirigidos a Dios, para implorar su misericordia, cuya manifestación ella profesa y proclama en cuanto realizada en Jesús Crucificado y resucitado, es decir, en el misterio pascual. Es este misterio el que lleva en sí la más completa revelación de la misericordia, es decir, del amor que es más potente que la muerte, más fuerte que el pecado, que todo mal, que el amor que eleva al hombre de las caídas graves y lo libera de las grandes amenazas » (Dives in Misericordia, VIII, 15).*

Eliminando las polémicas estériles, acabemos de señalarnos los unos a los otros, acusando a estos o a aquellos de todos los males. Este es el juego del infierno que no quiere que nos aferremos a la única fuente de verdadera salvación: la Misericordia del Padre. Estamos en una especie de espiral de odio que sólo el Amor de Dios Padre puede romper, y el Papa – profeta de misericordia que es eco de la misericordia de todos los profetas – nos ha mostrado el camino: ¿Qué esperamos para seguirlo? Pidamos con “pode-

rosos clamores” la misericordia de todos y experimentemos que *“el Señor es el refugio de su pueblo”* (Gl 4,16).

Entenderemos finalmente que Dios es Padre, sólo Padre que, con infinito amor de Padre, se inclina hacia sus creaturas trituradas por el mal y las estrecha a sí. Con el calor de su Amor dará nuevo aliento de Vida a sus hijos, en una nueva creación con la que su alma y su cuerpo se regenerarán:

“Porque he aquí que yo creo nuevos cielos y nueva tierra; el pasado ya no será recordado, no más vendrá al pensamiento. Mas os gozaréis y os alegraréis siempre de aquello que estoy por crear y convertiré a Jerusalén en una alegría, y a su pueblo en gozo. Me regocijaré por Jerusalén y gozaré por mi pueblo. No se oirá más en ella voz de lloro ni gritos angustiados... Antes de que me invoquen, yo responderé, antes de que acaben de hablar, yo los habré ya escuchado. El lobo y el cordero pacerán juntos, el león comerá paja como el buey; pero la serpiente comerá polvo, no afligirá, ni hará mal en todo mi santo monte. Dice el Señor”. (Is 65,17–25)

Esto es lo que “dice el Señor” es la palabra del Señor y ya es viva realidad. Nos toca a nosotros acelerar los tiempos de esta estupenda realidad con

“un grito que implore la misericordia según la necesidad del hombre en el mundo contemporáneo. Que este grito esté lleno de toda aquella verdad sobre la misericordia, que ha encontrado tan rica expresión en la Sagrada Escritura y en la Tradición, así como en la auténtica vida de fe de tantas generaciones del Pueblo de Dios. Con tal grito nos referimos, como todos los escritores sagrados, al Dios que no puede despreciar nada de lo que ha creado, al Dios que es fiel a sí mismo a su paternidad y a su amor”. (Dives in Misericordia, VIII, 15)

"¡VENGA A NOSOTROS TU REINO!"

Con la intención de dar una respuesta a lo que nuestra "Pequeñita del Padre" ha intuido en el frescor de su corazón, seguiremos examinando los mensajes de Amor encerrados en la Escritura:

*Querido Padre Andrés,
... Según yo lo mejor es la conversión de todos, la conversión de los corazones, en un instante, un pequeñísimo instante, el tiempo de un suspiro. ¿Tal vez estoy pidiendo demasiado? Si el Padre se decidiera a escuchar nuestras oraciones y convirtiera a todos en un instante... ¿No podría, la Justicia del Padre intervenir con Potencia dentro del corazón de todos los hombres armada con la Sangre vertida antes que nada por Jesús y luego por todos los mártires de la historia...?
la Pequeñita del Padre*

Querida Pequeñita del Padre, lo que tú pides a la mayor parte de la gente le podría parecer absurdo, pero eso es precisamente lo que está escrito en los últimos capítulos del Apocalipsis sobre la Gran Babilonia y la Jerusalén Celeste. Entonces hablemos un poco de estas realidades que estamos viviendo sin darnos cuenta:

Babilonia la Grande

*"La Gran Babilonia
Se ha convertido en guarida de demonios,
en cárcel de los espíritus inmundos, ...
porque todas las naciones
han bebido el vino
de su prostitución sin límites,
los reyes de la tierra han cometido actos inmorales con ella
y los mercaderes de la tierra
se han enriquecido con un lujo sin límites".*

(Ap 18, 1-3)

Esto quiere decir que Babilonia es toda la tierra, cuyos habitantes se han concedido al satanás y renegando a Dios: "los reyes, los mercaderes, los comandantes de las naves y toda la chusma, los navegantes y todos aquellos que hacen comercio en el mar, etc..."; prácticamente todos los hombres que han bebido el vino del furor de su prostitución: "La bestia hacía que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiera una marca en la mano derecha, o en la frente" (Ap 13,16).

La marca en la mano y en la frente indica el dominio de satanás que le quita a sus adeptos toda liber-

tad de acción (la marca en la mano) y de pensamiento (la marca en la frente). La marca que usa para señalar el derecho del dueño sobre los animales, por lo tanto la humanidad de los últimos tiempos, en su mayoría, está sujeta al dominio de satanás, porque ha vendido su propia libertad y su propia dignidad de hijo de Dios.

Serán excluidos de este dominio aquellos que, consagrándose al Padre del Cielo, habrán permitido que el ángel ponga sobre su fuente la marca luminosa y real de hijos de Dios – el Nombre del Padre, precisamente (Ap 22,4) – libres en la voluntad y por lo tanto en el pensamiento y en la acción.

En práctica la humanidad de los últimos tiempos estará constituida por dos núcleos contrastantes: uno que abraza a la mayor parte de los hombres que se habrán vendido a satanás por hambre de dinero y de poder; el otro constituido por todos aquellos que se habrán consagrado totalmente a Dios.

En los últimos tiempos parecerá que el poder del mal tiene el predominio: *“Yo estoy sentada como reina, y no soy viuda, y no veré llanto”* (Ap 18,7), dice Babilonia de sí misma.

Estos son nuestros tiempos en los cuales el poder excesivo del mal no tiene opositores; sino que en rea-

lidad el reino de satanás está a punto de derrumbarse, gracias a una potencia de fuego que desciende del cielo:

“Vi a un ángel descender del cielo, que tenía gran poder, y la tierra fue iluminada con su esplendor. Gritó con fuerza:

*“Ha caído, ha caído la gran Babilonia...
En un solo día,
caerán sobre ella estos flagelos:
muerte, luto y hambre;
será quemada por el fuego,
porque Dios es un Señor potente
que la ha condenado...”* (Ap 18, 1 ss)

Es el principio de la decadencia del reino de satanás sobre la tierra, o mejor dicho en el corazón del hombre, porque todo sucede en el hombre: los hombres, cuando arrecien los flagelos serán sacudidos en lo más profundo.

La “vida dulce” –la recompensa que da satanás a sus esclavos– termina:

*“¡Ay, ay, de aquella gran ciudad,
De cuyo lujo se enriquecieron todos los que tenían naves en el mar!”*

... la voz de los arpistas y de los músicos,
de los flautistas y de los que tocan la trompeta
ya no se oirán en ti;
la luz de la lámpara
ya no brillará en ti
... porque todas las naciones fueron seducidas por
tus hechicerías”
(Ap 18, 19–24)

El fin del mundo del mal

¿Qué fin tendrá esta humanidad marcada por Satanás que vive sólo para el bienestar material?

“Los reyes de la tierra y los grandes, los capitanes, los ricos y los potentes, en fin, todos los hombres, esclavos o libres, se escondieron en todas las cavernas entre las peñas de los montes, y les decían a los montes y a la peñas – “Caed sobre nosotros, escondednos de la faz de Aquel que está sentado sobre el trono y también de la ira del Cordero, porque ha venido el gran día de su ira. ¿Quién podrá soportarlo?”... Poniéndose polvo en la cabeza, gritan gimen: ¡Desaventurada, desaventurada inmensa ciudad, del lujo se enrique-

cieron los que tenían naves en el mar! ¡En tan solo una hora (Babilonia) se redujo a un desierto!”(Ap 6, 16–17; 18, 19)

Es la gran **desesperación** que atenaza al hombre en el momento en el que, iluminado por el esplendor del “ángel que desciende sobre la tierra” (Ap 18,1), se hace consciente de sus crímenes y de la traición que le ha hecho a Dios. Es el gran juicio, o mejor dicho el inicio de la gran conversión de masa que esperaba la “Pequeñita del Padre”.

¿Puede suceder todo “en un segundo”?

El Apocalipsis dice con respecto a Babilonia: “en un solo día caerán sobre ella los flagelos” (Ap 18,8) y más adelante “en tan solo una hora ha llegado su condena” (Ap 18,9). Son expresiones que indican un tiempo breve; pero estamos en el campo del espíritu y el tiempo no se puede medir según nuestro calendario o nuestros relojes. Comparado con los “mil años” (Ap 22) – que es el tiempo en el cual satanás estará encerrado en el abismo – “una hora” o “un día” indican simplemente que se trata de un tiempo breve. El exceso de poder de satanás será truncado en poquísimo tiempo por una intervención extraordinaria de Dios. Entonces

la humanidad, a través de una espantosa angustia interior, se hará consciente de sus pecados, si se arrepiente de ellos y regresa finalmente a Dios, del cual no podrá ignorar la existencia. Será una prueba tremenda, un infierno vivido aquí sobre la tierra que los hombres vivirán perseguidos por el amo satanás al que han permitido que los marque:

“El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que cayó del cielo en la tierra. Le fue dada la llave del pozo del Abismo. Abrió el pozo del abismo y subió humo del pozo del abismo; un humo como el humo de un gran horno, que oscureció al sol y al aire. Del humo salieron langostas que se propagaron sobre la tierra; y les fue dado un poder, como tienen poder los escorpiones de la tierra. Y les fue mandado que no hiciesen daño ni a los arbustos ni a los árboles, sino solamente a los hombres que no tuvieran el sello de Dios en la frente. No se les permitió matar a nadie, sino atormentarlos por cinco meses y el tormento era como el tormento de un escorpión cuando pica al hombre. En aquellos días los hombres buscarán la muerte pero no la hallarán; ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos”.

(Ap 9,1–6)

El “*astro caído del cielo*” es probablemente el mismo Lucifer, jefe de los demonios que, habiendo precipitado sobre la tierra con sus ángeles (Ap 12,9), atormentará sobre la tierra a los hombres al igual que los hace en el infierno: *los hombres vivirán estando vivos la misma desesperación que los condenados.*

Un ejemplo clásico di “disperazione”, “morte” e “resurrezione”

Para comprender cuál puede ser esta “desesperación”, leamos la descripción que Manzoni hace del estado de ánimo del Innominado en la famosa noche descrita en el capítulo XXI de su obra Los Novios:

“Una vez que hubo partido, o casi que se había escapado de Lucía, el señor había ido a esconderse en su habitación, se había encerrado con toda prisa, como si se hubiese tenido que atrincherar contra una escuadra de enemigos. Le parecía que todo había cambiado: lo que otras veces estimulaba mayormente sus deseos ahora no tenía nada de deseable. (...) Sentía una tristeza, casi un miedo de los pasos que había ya dado. El tiempo se le presentó como vacío de toda intención, de toda ocupación, de toda voluntad,

lleno sólo de memorias intolerables (...)

Como aquel que es sorprendido por una pregunta inesperada y embarazosa de un superior; el Innominado pensó responder a estas preguntas que se había hecho a sí mismo, o más bien a aquel nuevo él, que habiendo crecido tantísimo de pronto, surgía como para juzgar lo pasado.

El atormentado examinador de sí mismo, para darse cuenta de un solo hecho, se encontró atrapado en el examen de toda su vida. Hacia atrás, más atrás, de año en año, de compromiso en compromiso, de sangre en sangre, de fechoría en fechoría cada una aparecía ante su ánimo consciente y nuevo, separado por los sentimientos que lo habían hecho querer y cometer: reaparecía con monstruosidad que esos sentimientos no habían permitido ver. Eran suyas, eran él: el horror que sintió al pensar esto, que renacía con cada una de estas imágenes, creció hasta la desesperación. Se levantó de la cama furiosamente, movió con rabia las manos hacia la pared que estaba al lado de la cama, y aferró una pistola, la cargó, y... en el momento en el que terminaba una vida que se había vuelto insoportable, su pensamiento, sorprendido por un terror, por una inquietud, por así decirlo, sobreviviente, se lanzó

hacia el tiempo que seguiría fluyendo aún después de su fin. Se imaginaba con espanto su cadáver deformado, inmóvil, en manos del más vil sobreviviente; la sorpresa, la confusión en el castillo, al día siguiente: todo revuelto; él, sin fuerza, sin voz, aventado quién sabe dónde. Imaginaba lo que habrían dicho de él, en los alrededores y en las lejanías; la felicidad de sus enemigos. También las tinieblas, también el silencio, le hacían ver en la muerte algo mucho más malo, aterrador; le parecía que no habría dudado, si hubiese sido de día, fuera de ahí, de cara a la gente: aventarse al río y desaparecer.

Y abortó en estas contemplaciones atormentadas, iba levantando y bajando, con una fuerza conclusiva del pulgar, el gatillo de la pistola, cuando le relampagueó en la mente otra idea. - ¿Si esa otra vida de la que me han hablado cuando era joven, de la que hablan siempre, como si fuera una cosa segura; si esa vida no existe, si es una invención de los sacerdotes; yo que hago? ¿Para qué morir? ¿Qué importa lo que he hecho? ¿Qué importa? La mía es una locura... ¿Y si existe esta otra vida...?

Ante una tal duda, un tal riesgo, le entró una desesperación más negra, más grave, de la cual no

podía huir, ni siquiera con la muerte. Dejó caer el arma y estaba con las manos metidas en el cabello, castañeando los dientes, temblando.

De pronto, se acordó de algunas palabras que había oído muchas veces pocas horas antes:

– ¡Dios perdona tantas cosas con su Misericordia!”

La angustia del Innominado podrá ser placado sólo con las palabras del cardenal Borromeo:

“¿Usted me pregunta dónde está este Dios? ¿Y quién lo tiene más cerca de lo que lo tiene usted? No lo siente en el corazón que lo oprime, que lo agita, que no lo deja en paz y que al mismo tiempo lo jala, le hace presentir una esperanza de quietud, de consuelo, de un consuelo que será pleno, inmenso, en cuanto usted lo reconozca, lo confiese, lo implore?... »

A medida que las palabras salían de su boca, el rostro, la mirada, cada movimiento dejaba ver el sentido. El rostro del que escuchaba, abrumado y confundido, al principio pareció atónito y atento, luego cambió a una conmoción más profunda y menos angustiada, sus ojos que desde la infancia no habían vuelto a conocer las lágrimas, se hin-

charon: cuando cesaron las palabras, se cubrió el rostro con las manos y estalló en un llanto incontenible, que fue como la última y más clara respuesta.”

Pero todo tiene un precio. ¿Quién paga por esa liberación?

La pobre de Lucía la cual, aterrorizada en una oscura habitación del castillo, invoca Misericordia para ella y para el Innominado:

“Lucía estaba en aquel rincón, hecha un ovillo, con las rodillas levantadas, con las manos apoyadas sobre las rodillas, con el rostro escondido entre las manos. No se trataba ni de sueño ni de vigilia, sino de una rápida sucesión, una confusa alternancia de pensamientos, de imaginaciones, de miedos. Ahora, más presente a sí misma, recordando más claramente las circunstancias de la oscura y formidable realidad en la que se encontraba enredada;... estuvo unos momentos en estado de angustia... todas las memorias del terrible día que había transcurrido, todos los terrores acerca del futuro la insidieron a la vez: ... la venció una angustia tan grande que deseó morir. Pero en ese momento, se acordó que podía al

menos rezar... tomó una vez más su rosario, y comenzó a orar..."

La gracia que sale del corazón herido de Lucía, llega al corazón del Innominado.

¿Quién paga el precio por la conversión de toda la humanidad?

El precio lo pagan aquellos que permiten voluntariamente que la bestia que está en sus hermanos tiente, y, en vez de maldecirlos, les piden “¡Misericordia!: La cárcel en la que estaban se abrirá y sus corazones serán liberados.

Son los 144.000 a los cuales el ángel les ha puesto un “sello” divino:

“Luego vi a otro Ángel que subía desde oriente y llevaba el sello del Dios vivo y se puso a gritar a gran voz a los cuatro Ángeles a quienes se les había ordenado dañar la tierra y el mar; diciendo: «No dañéis ni la tierra, ni el mar, ni las plantas hasta que hayamos puesto un sello en la frente a los siervos de nuestro Dios...»”

(Ap 7,1-4)

Son los “vencedores” de los que habla el ángel del Apocalipsis:

*“Ahora ha venido
la salvación,
el poder y el reino de nuestro Dios
y la autoridad de su Cristo,
porque el acusador de nuestros hermanos,
el que los acusaba delante de nuestro Dios
día y noche, ha sido arrojado.
Pero ellos lo vencieron
por medio de la Sangre del Cordero
y gracias al testimonio de ellos,
de su martirio,
porque despreciaron sus vidas,
llegando hasta sufrir la muerte”.*

(Ap 12, 10-11)

Son aquellos que se consagran a Dios en la Eucaristía (La Sangre del Cordero), aceptando la voluntad del Padre y que en la inmólación total ofrecen continuamente la vida por sus hermanos “prisioneros”.

Son prácticamente aquellos –sobre todo los niños– que, siguiendo la huella de los tres pastorcillos de Fátima, aceptan la invitación de María y se ofre-

cen al Padre en manera total “*dispuestos a aceptar todo lo que Él querrá enviarles, para obtener la paz del mundo y para la conversión de los pecadores*” (Fátima, 13 maggio 1917).

Son los Apóstoles de los últimos tiempos vistos por Montfort

“¿Pero quiénes serán estos siervos, esclavos e hijos de María? Serán los ministros del Señor quienes, como un fuego que quema, encenderán la llama del Amor divino en todos lados (cfr: Sal 104,4; Eb 1,7). Serán “como flechas puntiagudas en la mano de la potente” María para traspasar a Sus enemigos (cfr: Sal 127,4).

Serán los hijos de Levi, bien purificados por el fuego de la gran tribulación y en íntima unión con Dios, que llevarán el oro del amor en sus corazones, el incienso de la oración en sus espíritus y la mirra de la mortificación en su cuerpo. Estarán en todos lados el delicioso perfume de Jesucristo para los pobres y los humildes, mientras que al mismo tiempo serán el olor de muerte para los “grandes”, para los ricos y para los arrogantes. Serán las nubes que truenan y revolotean en el

aire (cfr Is 60,8) con cada mínimo aliento del Espíritu Santo; éstas, separándose de todo y sin preocuparse de nada, harán descender sobre el mundo la Palabra de Dios, la Palabra de Vida Eterna. Arrojarán contra ellos al diablo y a sus secuaces y traspasarán con la espada de doble filo de la Palabra de Dios (cfr Ef 6,17) a todos aquellos a los que el Altísimo indicará para despertarlos a la vida o para condenarlos a muerte.

Serán los verdaderos apóstoles de los últimos tiempos: a ellos el Señor de los ejércitos les concederá palabras y potencia para realizar maravillas y para reconducir a los despojos de sus enemigos. Dormirán sin oro ni plata, es más, sin preocupación, entre los otros sacerdotes, eclesiásticos y clérigos; sin embargo con el único deseo de obrar para la gloria de Dios y para la salvación de las almas; tendrán las alas de plata de la paloma para volar a cualquier lugar a donde los llame el Espíritu Santo. La huella que dejarán será sólo el oro de la caridad y el cumplimiento de toda la ley (cfr Rm 13,10).

Sabemos que serán los verdaderos discípulos de Jesucristo: imitarán Su pobreza, la humildad, el

desprecio por el mundo y la caridad; enseñarán el camino estrecho de Dios y el temor de la verdad, según el Santo Evangelio y según la sabiduría del mundo; nada les preocupará cuando se encuentren frente a los potentes, no sentirán temor, no los escucharán, sin importar si son influyentes. En su boca estará la espada de doble filo de la Palabra de Dios (cfr Ef 6,17; Eb 4,12), sobre sus espaldas el estandarte ensangrentado de la Cruz, el Crucifijo en su mano derecha y el Rosario en la izquierda, los Nombres sagrados de María y de Jesús en sus corazones, la modestia y la mortificación de Jesucristo en su comportamiento.

Son estos los grandes hombres que esperamos: María es Aquella que, por orden del Altísimo, los formará, con la finalidad de que extiendan Su imperio sobre el de los impíos, de los idólatras, de los mahometanos. ¿Pero cuándo y cómo sucederá todo esto? Sólo Dios lo sabe. Por lo que se refiere a nosotros, debemos sólo contener nuestras lenguas, orar, suspirar y esperar: “He tenido confianza en el Señor” (Sl 40, 2).

Estos son los “vencedores” que prepararán el camino hacia la nueva Jerusalén que desciende del cielo.

La Jerusalén celeste y los mil años de paz

Sobre las ruinas de la “*gran Babilonia*”, que representa a la humanidad víctima de satanás, la potencia del Amor del Padre construirá la Jerusalén celeste:

“Vi también la Ciudad santa, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una novia ataviada para su esposo. Escuché entonces una voz potente que salía del trono: «¡He aquí la morada de Dios entre los hombres! Él morará entre ellos y ellos serán Su pueblo, y Él será Dios-con-ellos. Y secará todas las lágrimas de sus ojos; y ya no habrá muerte ni luto ni lamentos, ni dolor, porque las primeras cosas han pasado»”.

(Ap 21,1–4)

Pero antes de que el Reino de los Cielos se haya establecido totalmente sobre la tierra es necesario que sean eliminadas las fuerzas del mal, después del choque que sucederá sobre la tierra entre el Vencedor y los demás campeones de Dios y todos los secuaces de la bestia:

“...pero la bestia fue capturada, y con ella el falso profeta que hacía señales en su presencia, con las

cuales engañaba a los que habían recibido la marca de la bestia y a los que habían adorado su imagen. Ambos fueron arrojados vivos al lago de fuego que arde con azufre”

(Ap 19, 20)

Es el final del reino de satanás:

“Vi después a un ángel que bajaba del cielo con la llave del abismo y una gran cadena en la mano. Aferró al dragón, la serpiente antigua –es decir al diablo, satanás – y lo encadenó por mil años; lo aventó al Abismo, lo encerró y selló la puerta sobre él, para que no sedujera más a las Naciones hasta que se cumplieran los mil años”

(Ap 20, 1–3).

Los “mil años” del Apocalipsis equivalen al “largo tiempo de paz” que la Virgen prometió en Fátima. Tratemos de leer en manera concreta las consecuencias que brotarán de la aplicación del proyecto del Padre que se formó precisamente en Fátima: *la conversión de los pecadores y la paz en el mundo*, consecuencia de la eliminación de todas las fuerzas espirituales negativas de la faz de la tierra.

Cuando les hablo a los niños para invitarlos a que se consagren al Padre, explico que “conversión de los pecadores” significa que todos aquellos que son malos se convertirán en buenos y por lo tanto que cuando todos los pecadores se hayan convertido, ya no habrá personas que nos hagan daño. Entonces habrá paz en el mundo. Luego les pregunto a los niños: ¿Qué es la “paz”? Siempre y en cualquiera de los continentes me contestan: “¡AMOR”! Por consiguiente, prosigo, todas las cosas feas desaparecerán. Hagamos algunos ejemplos –y cada niño dice su idea– ya no habrá... cárceles ...tribunales ...guerras ...drogas ...violencia ...injusticias sociales ...fábricas de armas ...división de las familias ...robos ...secuestros de personas ...hambre en el mundo, etc.. En conclusión todos los hombres se querrán, se ayudarán, se sonreirán, la humanidad se convertirá en una gran familia en la que todos se aman.

Entonces les pregunto a los niños: ¿En qué se convertiría la tierra si todos los “pecadores” se convirtieran y se volvieran buenos? Se quedan un instante en silencio, luego prorrumpan: ¡un PARAÍSO!

La cosa más interesante es ver los rostros de los maestros, incluyendo a las hermanas religiosas, que sonríen levemente con una pequeña sonrisa de con-

miseración. La misma sonrisa que habrá aparecido en el rostro de muchos de los que están leyendo estas notas: “*Sí, es una fábula muy hermosa para narrar a los niños... ¡dejemos que tengan ilusiones hasta que puedan comprender qué tan grande es el mal que hoy en día devasta a la humanidad!*”.

Y luego los invito a rezar el Padre Nuestro, y cuando llegamos a las palabras: “*Venga a nosotros Tu reino, hágase tu voluntad así en el cielo como en la tierra*” me detengo y les pregunto a los maestros si creen en Jesús y en su Evangelio. Si me contestan afirmativamente, los invito a que les expliquen a los niños el significado de estas palabras. Resultan muchas cosas divertidas, de las que no es el caso de hablar aquí, pero los niños confirman su propia fe y su elección; ¡son muchos los que me agradecen porque les he dado la esperanza de un mundo nuevo!

Ahora los invito a ustedes a responder a la misma pregunta. Les doy algunos elementos de más. Son fragmentos del Apocalipsis que hemos citado y otros que pueden consultar por su cuenta.

En conclusión:

Estén contentos, estén felices. No se angustien por las catástrofes cósmicas que ya están sucediendo (basta pensar a las terribles contaminaciones del agua y del aire...) y que sólo la intervención sobrenatural de Dios puede sanear. No desgasten energías pensando en el fin del mundo que muchos consideran que cada vez está más próxima, pero que aplazan de año en año.

Más bien piensen en su personal fin del mundo, en su propio Apocalipsis que ya está sucediendo y del que no se han dado cuenta. ¿Todavía no han comprendido que todos los problemas que les están cayendo han sido permitidos por el Padre para demoler las falsas estructuras que han construido? ¡Y por qué, en vez de lamentarse no aceptan lo que el Señor les manda a través del Ángel del Apocalipsis y de la Virgen de Fátima?

¿Por qué no se convencen de que no “*se cae un solo cabello de su cabeza*” sin que el Padre lo permita y que todo lo que Él permite es por su bien?

¿Y por qué no se quieren convencer de que el máximo bien es nuestra santificación? ¿No saben que ésta puede realizarse sólo a través de la muerte de nuestro yo, que el Padre –el gran Podador– está dejando agornizar al igual que lo hizo con Jesús en Getsemaní?

Esta es la hora de nuestro Getsemaní, de nuestra agonía, de la muerte de nuestro yo. Dejemos de lloriquear y de buscar a alguien que beba nuestro cáliz. Hagámonos conscientes de nuestra dignidad de hijos de Dios, de co-redentores que deben *“completar en su propio cuerpo lo que falta de la pasión de Jesús”* y aprendamos a decir siempre sí a la Voluntad del Padre. Mientras más pronto bebamos nuestro cáliz, más pronto vendrá para nosotros la Resurrección.

Respondiendo a la “Pequeñita del Padre” hemos tratado de explicarles a todos, basándonos en la Escritura, la manera en la que leemos nuestros tiempos y el tan temido “fin del mundo”: es el final del mundo del mal en cada hombre y la llegada de un reino de Amor por el que Jesús nos hace rezar desde hace más de 2.000 años.

Esta es nuestra interpretación, que quien quiera puede libremente controvertir. Pero si alguien sintiera en su espíritu que las cosas están precisamente así, entonces que se prepare para su propio Apocalipsis, para el fin del mundo de su propio yo y a la venida “dentro de sí” de Jesús y del Padre que podrán habitarlo.

Pido disculpas por si no he sido suficientemente claro, pero he hecho lo más que he podido.

La última cosa que puedo hacer es sugerirles que recen todos los días esta oración que la Mamá nos ha sugerido en Fátima:

“Querido Padre nuestro,
yo me ofrezco totalmente a Ti
preparado para aceptar
todo lo que querrás enviarme
para mi conversión
y la de mis hermanos pecadores
y para que venga
Tu reino de Amor al mundo.
Pero, por favor, hazlo pronto
Porque estamos muy cansados.
¡Gracias, Papá!”